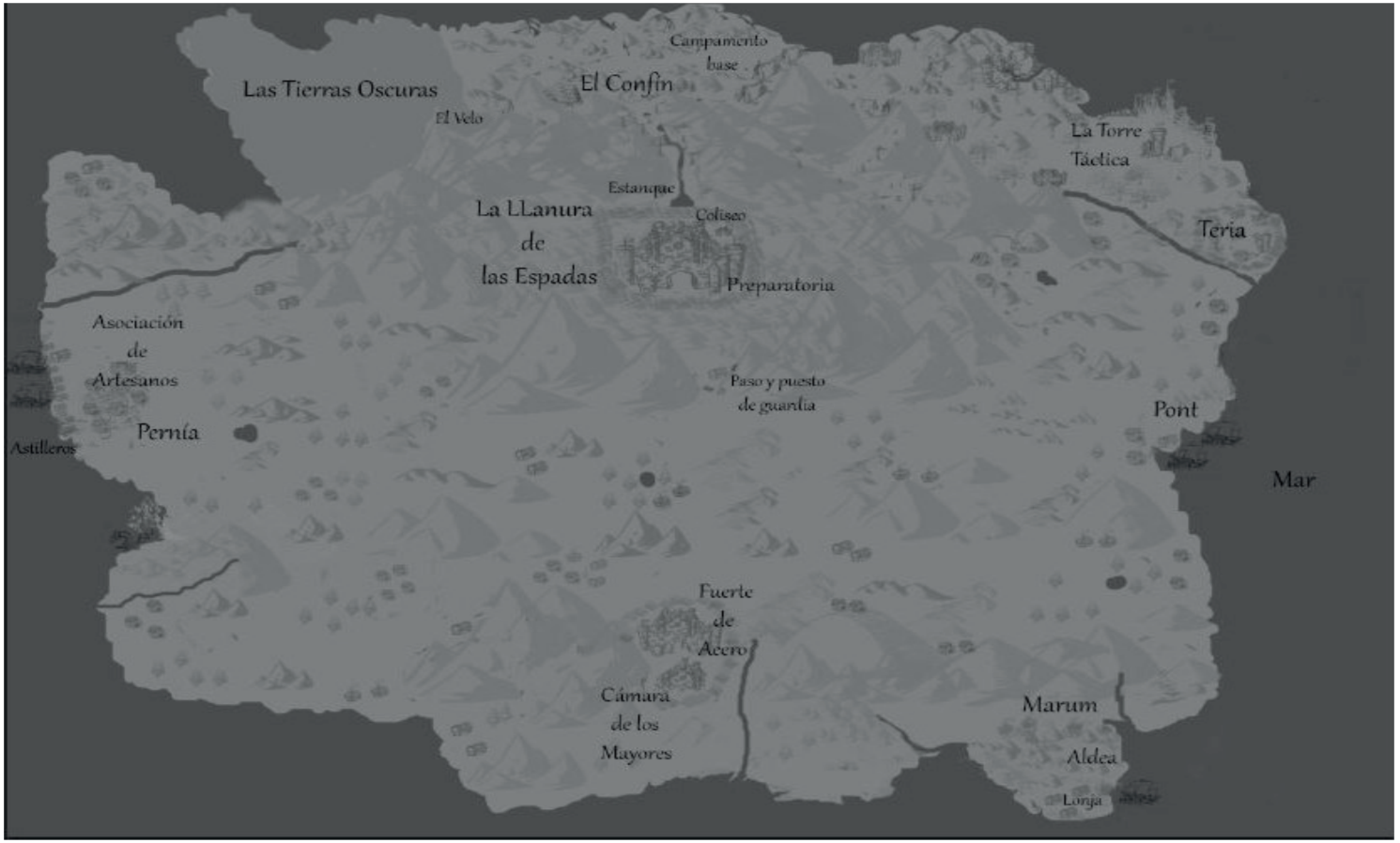
La Guerra de las Mentiras

Daniel Rosado


Campamento base
Las Tierras Oscuras
El Confín
El Velo
La Torre Táctica
Estanque
Coliseo
La LLanura de las Espadas
Teria
Preparatoria
Asociación de Artesanos
Paso y puesto de guardia
Pont
Pernía
Astilleros
Mar
Fuerte de Acero
Cámara de los Mayores
Marum
Aldea
Lonja

La Guerra de las Mentiras

Daniel Rosado

avant
editorial

Primera edición, agosto de 2021
© Daniel Rosado, 2021
Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A, 28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 978-84-18844-41-6
IBIC: FF

avant
editorial

La naturaleza es vida y también muerte; en su seno nace y muere todo proceso posible, formando todos y cada uno de ellos parte de un ciclo imperecedero que no debe ser perturbado…

Dedicado a mi primo David, un fiel lector y mi primer fan, quien es tan responsable de insuflar vida a mis obras como yo mismo.

Y en especial a Ana Mari, mi mujer, y a todos mis nietos; las personas responsables de que la magia siempre fluya a mi alrededor.

Una vez, hace mucho tiempo, tuve una espada de madera, y esta no era un arma cualquiera, sino una tallada especialmente para mí. La cual, comparada con las de mis amigos (palos cualesquiera encontrados en la calle), me otorgaba un poder inimaginable… Fue mi abuelo Juan el artesano que la fabricó, y el poder de su creación iba mucho más allá de la simple y magnifica imaginación de un crío fantasioso. Y por eso, para él va también esta historia de espadas y magia, porque aunque ya nos dejó su influencia permanecerá siempre en mis batallas… Internas y externas…

PRÓLOGO

Unos nudillos ajenos se hunden en mi pómulo derecho, pero no caigo, afianzo mi pierna izquierda y contraataco con una patada al costado. Él la detiene a pesar del dolor que siente y ambos terminamos rodando por el suelo, en una vorágine de odio mutuo. Es la enésima pelea de la semana.

—Puede que seáis los mejores aspirantes de esta generación, pero la indisciplina solo os conducirá a la muerte—el discurso del preparador no ha cambiado en los dos años que llevamos aquí.

Al igual que nuestra relación. Me gustaría poder decir que todo empezó por una chica, o por cualquier otro tipo de ruin traición, pero el caso es que no fue así. Ni siquiera recuerdo desde cuándo la siento, esta tremenda avidez por ver correr su sangre...

He querido abandonar la Preparatoria infinidad de veces, pero nadie escapa de ella con vida.

La guerra contra los Oscuros se remonta a tiempos inmemoriales. El acero es lo único capaz de dañar a las infames

criaturas que el enemigo convoca desde el distante averno, y aun este, no sirve de mucho en manos desentrenadas.

Este lugar es la institución más importante de la Nación de Acero. Todos somos enviados aquí al cumplir los catorce, excepto quienes no son capaces de superar el exhaustivo reconocimiento previo; los conocidos como «pacíficos».

Apenas faltan dos meses para que terminemos el aprendizaje, y si aprobamos la evaluación final, seremos enviados al Confín. Donde se dice que muere la luz y nace la oscuridad. Solo el enemigo sabe que hay más allá.

Espero que mi destino se encuentre a una distancia razonable del de Mael. Porque, de no ser así, puede que no sea un avernal domesticado el que lo mate, sino yo mismo, o viceversa.

Hace mucho frío en el calabozo, aunque yo siempre lo tengo… Me arrebujo con las ajadas y pestilentes mantas, y siento algo de calidez al pensar que ese tipo odioso debe estar cociéndose ahora mismo. Y no hay ningún lugar en el que nadar entre estas cuatro paredes. Además, ni siquiera él es tan estúpido para malgastar el agua de su jarra derramándola sobre su cabeza, ¿o sí? ¿Quién sabe de lo qué es capaz?

Concilio un sueño agradable al imaginar su sufrimiento.

Me despiertan al alba, y tan solo me ofrecen un plato de asquerosas gachas para llenar el estómago antes de comenzar el durísimo entrenamiento al que nos someten día tras día.

—¿Cuándo dejareis de comportaros como críos? ¡Por todas las criaturas del averno! ¡Conseguiréis que esos malditos domadores nos maten a todos en nuestra primera hora en el Confín! —me recrimina Éire, a mi lado en la cola del pelotón.

Es una increíble espadachina. Cuentan que no ha habido otro como ella en toda la historia de la institución. Que no pueda superarnos en combate, sin embargo, se debe a la inusitada fuerza física y al agudo instinto que los dos poseemos.

—Ya sabes que es superior a nosotros, Éire. Ni siquiera los mejores sanadores encuentran una explicación plausible a nuestro extraño comportamiento —me defiendo.

—Esa excusa no servirá de nada cuando lo peor ocurra… —me espeta mientras se aleja hacia el principio del grupo, en busca de ese insufrible guaperas.

Ya hace tiempo que no compito con él, es la mejor forma de evitar que la sangre llegue al río.

Veo alejarse al «Torbellino de la Espada» con agrado. No es que esté enamorado de ella, pero debo admitir que es preciosa.

Su cuerpo es esbelto y sinuoso. El cabello, negro como la noche, le cae en tirabuzones rebeldes cubriendo casi la totalidad de su tonificada espalda. Tiene un rostro alargado, con finos y rojos labios, y sus ojos de un verde radiante son capaces de obnubilar a cualquiera.

—Deja de mirarle el culo. Lo que dice es cierto y lo sabes —ahora es Owen quien me castiga con su opinión.

Es otro de los mejores de nuestra generación. No es muy ducho con la espada, pero es un genio estratega.

Es bajito y delgado como un esparrago prematuro. Su pelo es del color del fuego y su cara cubierta de pecas enmarca una grácil nariz aguileña bajo unos estrechos ojos marrones.

—Y, ¿qué esperáis que haga? Ya os he dicho un millón de veces que no puedo evitarlo. Darle la murga a él, hacedme

el favor —exijo, a la vez que reduzco la marcha hasta quedar entre los últimos rezagados.

Al menos, no tengo que escuchar a nadie más durante el resto de la mañana. La preparación teórica la suelo pasar durmiendo, y se me permite por razones evidentes, al igual que al innombrable.

Al caer la tarde, todos acudimos a la arena de combate, donde se nos instruye en lucha armada, aunque también practicamos el cuerpo a cuerpo, sobre todo porque es un buen entrenamiento físico. Ya que, sin acero, nunca seriamos rivales para un avernal. Y algunos domadores son capaces de convocar a más de uno, dependiendo de sus capacidades. A parte de dominar todo tipo de extraños poderes sobrenaturales… Llegar hasta uno de ellos es una hazaña al alcance de muy pocos, pero es sabido que casi toda su energía se va en el control de las bestias, por lo que son relativamente fáciles de matar una vez alcanzados.

Estas sesiones son un asco, porque exceptuando a Éire, pocos se atreven a enfrentarme, y mi rival casi siempre es el mismo.

Las únicas armas que nos permiten usar son de madera, y hacen bien. Aun así, los dos acabamos malheridos y somos llevados de vuelta a los calabozos…

1.
BATALLA REAL

En el aprendizaje teórico se nos explican las capacidades de todas las criaturas del averno conocidas y sus debilidades.

Durante los dos primeros años entrenan nuestra mente y nuestro cuerpo para la guerra contra los Oscuros. Nos enseñan a combatir y a comprender al enemigo, nos dan lecciones de estrategia y nos instruyen en el trabajo en equipo, priorizando la supervivencia de los miembros del grupo por encima de la victoria. Lo más importante para la nación en este conflicto no es eliminar al enemigo, sino barrerle el paso.

Solo al final de la preparación podemos enfrentar a bestias reales. Tanto por lo peligroso que resulta, como por la dificultad que supone capturarlas vivas. Si el domador muere, regresan directamente al averno, un lugar que se presume en otra dimensión distinta a la nuestra, y si este huye, la criatura puede descontrolarse, lo que la volvería todavía más peligrosa. Para poder capturar avernales hay que lograr aprisionarlos con gruesas cadenas de acero antes de que se rompa el lazo que mantienen con su maestro.

Algunos Oscuros fingen ser débiles para ser apresados, y cuando se les libera en la prueba, desatan todo su poder con el objetivo de eliminar al mayor número de enemigos posible. Así que este método de calificación, es en realidad una espada de doble filo.

La verdad es que no me importa nada de eso; la guerra, los Oscuros, la humanidad…

Ni siquiera pienso en mi familia o en el futuro. Solo deseo una cosa: matar a Mael. Es más fuerte que yo, este odio que siento, y la necesidad de asesinar a mi hermano gemelo…

Nacimos hace dieciséis años en una pequeña aldea pesquera. Nuestro padre sufrió unas fiebres muy altas de pequeño y su pierna derecha detuvo su crecimiento. Debido a ese percance se libró de la preparación. Ha sido pescador desde que fue capaz de cargar una caña a su espalda.

Mamá sufre de mal respiratorio y también fue rechazada. Ambos esperaban que nosotros heredáramos sus problemas pulmonares, pero no fue así.

Desde los tres años acompañábamos a papá en su pequeño bote, y competíamos para ver quien ayudaba más con los arreos, o por capturar al pez más grande. Siempre fuimos rivales, pero también inseparables. Los otros chicos de la aldea descubrieron pronto que no era bueno meterse con ninguno de nosotros, ya fuera juntos o por separado. Pero conforme crecíamos, a Mael cada vez le gustaba más nadar en el mar. Y yo, comencé a odiar el agua y el frío. Poco a poco nos fuimos distanciando, y si nunca llegamos a las manos, solo fue por respeto a nuestros padres.

Hasta el día en que cruzamos espadas por primera vez, cuando perdimos por fin el control sobre nuestro recíproco odio.

Ojalá una de esas malévolas criaturas acabe con mi vida antes de que mi amado hermano y yo nos matemos mutuamente. Este es un pensamiento secreto, que nadie conoce, y que nace de la pequeña parte de mí que aún no se ha rendido al sombrío sentimiento que me domina. Desconozco si él experimenta un anhelo similar.

En los últimos meses de formación nos centramos en el entrenamiento físico, haciendo hincapié en teoría y estrategia. No se nos permite combatir antes del gran día. Algo que agradezco, pues las refriegas con el innombrable son cada vez más encarnizadas.

—Mañana es el gran día, renacuajo. No permitas que te maten antes de que pueda hacerlo yo—Es Mael, que duerme en la celda de al lado, como de costumbre.

El maldito se cree el mayor solo porque nació unos segundos antes que yo... Odio que me llame así.

No le contesto. Hacía mucho que no nos dirigíamos la palabra, y no encuentro las fuerzas para despedirme de él.

El Coliseo es una construcción portentosa. Un enorme ruedo flanqueado por altos muros de piedra, coronado por gradas desde donde preparadores y mayores observarán a los probados. Si miras hacia arriba, puedes ver un techo de acero con puntas como colmillos. Es una válvula de escape; un mecanismo lo deja caer para salvar la vida de los espectadores en caso de necesidad.

Todos los participantes nos encontramos en las entrañas del anfiteatro. Ante los barrotes que nos resguardan del horror que enfrentaremos en la arena.

Solo a los aptos se les permitirá subir a las gradas a observar el desempeño de sus compañeros. Los que fracasen serán llevados al dispensario o de vuelta a sus aposentos, dependiendo del estado en el que logren escapar de la muerte.

—El primer grupo estará formado por Mael y Kalen, vanguardia. Éire, asalto. Y Owen, estrategia. —Maddox es el preparador de combate que nos ha enseñado todo lo que sabemos, lo respeto de verdad.

Pero no puedo creer que nos envíe a los dos juntos, ¡es absurdo!

Noto como el calor producido por la rabia me sube a las mejillas mientras abro la boca para protestar, pero todos los demás se preparan sin rechistar. Mi hermano ni siquiera me mira. Daría cualquier cosa por saber que pasa por su cabeza ahora mismo. Distintos sentimientos se enfrentan en lo más profundo de mi ser. Mi plan de dejarme matar ha fracasado. Podría poner en peligro a otro grupo egoístamente, pero no a este. ¡Jamás!

La puerta se abre y avanzamos con paso seguro. Tomo posición en la delantera y percibo la humedad de la piel de mi hermano a través del roce de nuestros hombros. Ha debido bañarse en el estanque antes de la prueba, ¿cómo no?

—No sabemos a qué criaturas nos enfrentaremos, y no dispondré de mucho tiempo para establecer un plan de acción. Sé que no es justo pediros algo así, pero lo hago porque sois vosotros. Mael retendrá a los avernales y Éire los atacará en la medida de lo posible basándose en los conocimientos

disponibles. Kalen me protegerá mientras evalúo la situación. Intentaré pensar con presteza. ¿Podéis confiarme vuestras vidas? —la pregunta de Owen es sincera, pero nadie se la toma en serio.

Si no fuera por sus acertados análisis situacionales, mi hermano y yo nos habríamos matado el uno al otro hace tiempo. Y el talento del Torbellino depende en gran medida de sus consejos. Todos sabemos de su valía y lo respetamos por ella. Nadie contesta más que con un ligero asentimiento y salimos al ruedo en formación de uve.

El enemigo ya está esperándonos. Son dos individuos de aspecto lamentable: uno alto y otro bajo, pero ambos macilentos, con la piel blanquecina y cubierta de arrugas. Sus cabezas carecen de pelo. Visten una raída túnica negra y portan una especie de bastones.

Esta arma puede estar hecha de todo tipo de materiales, excepto de acero, claro. Se cree que filtran los poderes de sus criaturas a través de ella, y que así son capaces de controlarlas e incluso de manifestar fuerzas del averno.

—¡A por ellos! ¡No dejéis que convoquen a sus criaturas! —ordena nuestro estratega en cuanto los ve.

Como siempre, piensa rápido, y sabe de nuestras fuerzas.

Todos portamos armaduras de cuerpo completo hechas de acero ligero, lo suficientemente recias como para resistir ataques de una fuerza atroz y de naturaleza desconocida, pero lo bastante manejables como para realizar movimientos ágiles y certeros.

El Coliseo enmudece mientras los enemigos se miran el uno al otro y sonríen, mostrando sus dientes podridos. Levantan sus bastones, pero supongo que ni siquiera en el

Confín se han enfrentado a un grupo como el nuestro. Sus extraños artilugios prácticamente no se han despegado del suelo cuando Mael ya a decapitado al más bajito de ellos y yo le he cortado la mano al otro, a la vez que la punta del sable de Éire le ha sacado la nuez por la nuca como quien espeta a un pez antes de asarlo. Owen sostiene ambos bastones y los corta por la mitad con su destral.

Todo se ha acabado, pero la sangre me hierve. Me giro para enfrentar a mi hermano, tengo una espada de verdad en la mano y él lo sabe. Sin embargo, no me da tiempo a moverme. Un sonido metálico, ahogado por un grito bestial y terrorífico, me detiene, y una criatura de más de dos metros de altura, repleta de músculos, con cabeza y pezuñas de toro, armada con un hacha de un tamaño descomunal, sale a la arena entre bramidos. Lleva brazaletes de acero en muñecas y tobillos. Esto le impide volver a su hogar y reduce sus poderes de manera considerable, aunque sigue siendo un enemigo formidable.

—Supongo que sabían de lo que éramos capaces. Aun así, nos subestiman; mostrándonos al enemigo con tanto margen. ¡Vanguardia, contenedlo! ¡Asalto, debilítalo! —mientras ladra sus órdenes, nuestro líder se dedica a rematar a los domadores.

Sabe que ya están muertos, pero no se arriesga.

El avernal es fuerte, y a pesar de estar debilitado, su manejo del hacha es temible. Mi hermano y yo lo pasamos mal deteniendo sus embestidas, y a duras penas logramos resistir sus golpes. Sufrimos pequeños cortes y magulladuras, pero el Torbellino ha convertido a la bestia en un colador, y Owen le ha cortado los tendones de las patas. Toda la edificación